

Crónica de mi tiempo

Submarinos descapotables

Escribe: José Agustín Goytisolo

A algunos escritores, cuando se les pide que redacten una crónica de su tiempo, les ocurre un extraño fenómeno parecido al de las actrices en decadencia: se ponen a contar cosas de su juventud, de su *belle époque*, de su penosa infancia y de su radiante esplendor pasado. Ultimamente hemos podido leer escritos producidos por plumíferos añosos o por jóvenes cachorros extrañamente envejecidos, en los que sus autores se despachan una y otra vez sobre su antigua y decisiva militancia antifranquista —nay que creerles— durante la sucia etapa de la dictadura; sobre su protagonismo en los encierros en el convento de los Capuchinos de Sarrià o en la abadía de Montserrat; sobre lo que sufrieron en sus cargos de entonces, como empleados de gobernadores y jerarcas o dirigiendo algún medio de comunicación de masas; o sobre su antiguo y bien probado catalanismo de toda la vida, pese a que algunos de ellos pasaron la guerra civil en Burgos o en San Sebastián.

Dejando aparte, por poner sólo un ejemplo, el hecho de que nunca creí que fuesemos tantos los miles y miles de personas que dicen haberse reunido en *la caputxinada*, constato que hay escritores de todo pelaje que confunden su natural decrepitud biológica con una hipotética decrepitud de Cataluña o, lo que viene a ser lo mismo, están convencidos de que la perdida de un pasado protagonismo de su ideología, partido, facción o microfacción, significa la pérdida de fuerza y vitalidad de la ciudadanía catalana.

Presente y futuro son nuestro tiempo, pero hay personas que, conscientemente o no, se dedican con nostalgia y a ritmo de pasodoble o sardana, a hablar del presente y del futuro empleando el pretérito, un pretérito harto imperfecto las más de las veces, a fin de *poner orden*, sin duda, en lo que realmente pasó y ahora no les gusta y a *fer dissabte* en sus agitadas vidas y en la historia de las opciones ideológicas que sostuvieron y abandonaron o que todavía sostienen.

Mal asunto. Eso de rascarse y rascar en el pasado es síntoma de prurito decadente, de escozor de inferioridad, de comezón renacorosa, que constituye un vicio senil. Vicio senil y personal que, si se practica en grupo, puede contagiar a otros y llegar a convertirse en epidemia nacional. Cataluña, gracias a los dioses, no presenta síntomas de infección provocada por algunos *gratadores i ploramiques* que niegan la realidad



del presente y oscurecen nuestro futuro a base de afeites, tintes para teñir y tomar el pelo y otras desgracias.

Ahora las cosas están cambiando, y aun cambiarán más. Escribo esto pensando en el interés que entre la gente joven —de edad o de espíritu— suscitan cuestiones relativas al hoy y al mañana: la Cataluña del año 2000; la satisfacción de saber que un altísimo porcentaje de inmigrados piensan quedarse aquí, como catalanes de hecho y de derecho, con voz —catalana— y voto —el que ellos quieran emitir—; la expansión cultural y comercial de Cataluña hacia el resto del Estado, Europa e Iberoamérica; la normalización lingüística del catalán o la obtención de medios de comunicación de masas autóctonos y autónomos.

Todas estas cuestiones son mucho más estimulantes que perder las pestañas cavilando sobre si los huesos de Jofre el Pelós son auténticos o no; que seguir con el cuento de que Sala y Vertallat eran unos facinerosos y no unos revolucionarios y patriotas como lo fueron en Castilla, casi un siglo después, Padilla, Bravo y Maldonado; o que esclarecer quién tuvo la culpa del chivatazo, prisión, oprobio filial, muerte en el abandono carcelario y piadoso silencio culpable posterior, de un compatriota

nuestro llamado Comorera, extrañamente descabalgado de su cargo. Y menos aún parecen de este tiempo disquisiciones metafísicas sobre si los catalanes somos mestizos, mulatos, criollos, zambos, metecos o incluso negros, tan negros como el cafre desecado y amojamado de Banyoles, o sobre si una corista descocada, un monje que no sea de Montserrat o un dirigente socialista pueden ser considerados auténticos catalanes.

Las plumas que por su cuenta y riesgo, es de suponer, se dedican a sobresaltar a nuestras abuelitas y a un sector de la *bona gent* del país con planteamientos propios de catastrofistas históricos, que es lo que son, tienen entre nosotros menos porvenir que un submarino descapotable. El submarino descapotable fue un invento en el que perdió su tiempo y su dinero un lejano parente mío, mestizo, vaya por Dios, de andaluz y catalana, y tan exaltado en su ultranacionalismo que daba consejos patrióticos y aún enmendaba la plana a Valentí Almirall y a Prat de la Riba. Su ingenioso aparato, que pretendía ser un perfeccionamiento del *lctíneo* de Narcís Monturiol y que fue bautizado con el poco sospechoso nombre de *Raca*, se hundió clamorosamente en las aguas del puerto de Barcelona, y el inventor, a pesar del remojón, y por supuesto Prat de la Riba y Valentí Almirall, a los que ni siquiera salpicó el remolino, se salvaron de la catástrofe.

Afortunadamente los representantes de las instituciones autonómicas de este país, de esta nación, desconfian de tal tipo de inventos y saben, por experiencia, que el exceso de incienso ahoga, que el falso halago empalaga, y que existen defensores y sedicentes amigos que mejor y más rentable resultaría tenerlos como adversarios, para que desprestigiasen a otros con sus cacareos sin huevo subsiguiente. Ni el muy honorable Jordi Pujol ni el honorable Max Cahner —y los cito expresamente por el respeto que me merecen, en ellos sí, su antiguo y bien probado amor por esta tierra—, ni la inmensa mayoría de los catalanes —viejos, nuevos, mestizos, metecos o criollos—, creemos que nuestro tiempo y el tiempo de Cataluña esté únicamente en el pasado, en un pasado al que nadie renuncia, desde luego, sino en el presente y, sobre todo, en el futuro. En un futuro amplio, generoso y digno, mucho mejor que el que todos, todos, a pesar de lo optimistas que algunos éramos en una infausta época que no fue la nuestra, pudimos jamás imaginar.